

ha hecho mal uso de ello, ha incendiado el universo. ¡Su nombre se inscribirá en la historia á la manera del de Erostrato, entre llamas, lamentos y lágrimas!... Primeramente, las primeras chispas de nuestra Revolucion, despues todas las resistencias al deseo nacional; en fin, todos los crímenes horribles que fueron la consecuencia de eso, son su obra. Esa conflagracion universal de veinticinco años; esas numerosas coaliciones que la han sostenido; el trastorno, la devastacion de la Europa; los raudales de sangre que han corrido; la deuda espantosa de Inglaterra, el sistema pestilencial de los empréstitos, el malestar universal de hoy, todo esto es de su mano. La posteridad lo reconocerá, lo señalará como un verdadero azote: este hombre, tan ensalzado en su época, algun día no será ya más que el genio del mal... (1).

¡Qué obcecacion en un gran ingenio! ¿Cómo no veía Napoleon que engrandecía á su adversario al acumular en su cabeza esas acusaciones gigantescas? Diríase que Satanás habia tomado cuerpo en el ministro inglés. Y Satanás mismo, ese genio del mal, no hubiera podido producir todo el mal que el prisionero de Santa Elena atribuye á Pitt. ¡Un hombre, un ministro de Inglaterra, autor de la Revolucion, de sus excesos y de sus crímenes! ¡Hé ahí la más imposible de las imposibilidades! Hay algunas quimeras entre los crímenes que Napoleon le imputa. La Inglaterra es fuerte y poderosa, á pesar de su *espantosa deuda*, y el sistema de los empréstitos es tan poco *pestilencial*, que, gracias á esa enfermedad contagiosa, los pueblos realizan los prodigios de la civilizacion cuyo provecho sacará la posteridad más lejana. La sola censura que Napoleon tenia derecho de hacer á Pitt era que fué el alma de las coaliciones que se formaron contra él; aun despues de haber bajado á la tumba el ministro inglés, su espíritu continuaba animando á la Europa coaligada. ¿Hacia mal la Europa?

Hemos condenado la primera coalicion que pretendia imponer á un gran pueblo una forma de gobierno y abusos de los cuales ya no queria; no conocemos liga más criminal que la de la antigua monarquía contra la libertad naciente. Pero cuando el poder inmenso de la república, concentrado en las manos de un genio militar sin igual, amenazó la independencia del continente, ¿hizo mal el

(1) LAS CASES, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 88.

continente en defenderse? Y ¿fueron las coaliciones otra cosa que medidas de defensa? Á esta acusacion responde Napoleon que ofreció la paz y que estuvo siempre dispuesto á firmarla; que esta paz le fué negada siempre; que cuando los vencidos se resignaban á tratar, era con la voluntad bien decidida de volver á empezar á luchar. "No cesan, exclama el cautivo de Santa Elena, de hablar de mi amor por la guerra; pero ¿no he estado constantemente ocupado en defenderme? ¿He obtenido una sola victoria que no haya inmediatamente propuesto la paz?... Siempre he sido gobernado por las circunstancias de tal modo, que al principio de mi elevacion, en tiempo del consulado, verdaderos amigos, mis calurosos partidarios me preguntaban á veces adónde pretendia yo llegar, y yo respondia siempre que no lo sabia," (1).

El fatalismo de las circunstancias puede ser invocado como una excusa que atenúe algunos errores ó algunas faltas, pero no es una justificacion de la ambicion desmesurada de un hombre. Es muy cierto que Napoleon, en medio de los abusos de la fuerza, afectó siempre el deseo de la paz; pero esas declaraciones poco sinceras atestiguan precisamente contra él. Cuando el emperador escribió al rey de Inglaterra la carta que hemos citado, respondió á los diputados del Cuerpo legislativo que le llevaron una felicitacion "que el deseo de economizar la sangre de sus pueblos le habia dictado este paso." "Estaré siempre dispuesto, dice, á hacer los mismos sacrificios. Mi gloria, mi felicidad, las he cifrado siempre en la felicidad de la generacion actual. Yo quiero que tanto como pueda influir en ello, el reinado de las ideas filantrópicas y generosas sea el carácter del siglo. Á mí, á quien tales sentimientos no pueden ser imputados como debilidad, á nosotros, al pueblo más dulce, más ilustrado, más humano, corresponde el recordar á las naciones ménos civilizadas de la Europa que no forman más que una misma familia, y que los esfuerzos que emplean en sus disensiones civiles son ataques á la prosperidad común," (2).

Un filósofo del siglo XVIII no hubiera hablado

(1) LAS CASES, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 120, 121.

(2) *Respuesta del emperador á un mensaje del Cuerpo legislativo*, el 24 pluvioso, año XIII (*Correspondencia de Napoleon*, tomo X, p. 178).

mejor. Es decir que Napoleon traspasaba el fin en sus protestas pacíficas. No habia nacido filántropo, no tenia por mision el propagar el reinado de la fraternidad. Si recogemos esas declamaciones, es como protesta contra la ambicion incansada en el emperador. Él mismo se condena, porque sus actos son lo contrario de sus palabras. Al hacer este juicio severo respecto á Napoleon, no creemos por ello descargar á Pitt, mejor dicho, á la nacion inglesa, cuyo órgano era él, de toda responsabilidad. Nada más torpe, nada hasta más falso que los cargos del ministerio inglés contra la Francia consular. ¡Á la carta del primer cónsul, lord Grenville respondió que el rey no podia reanudar relaciones pacíficas con la Francia en tanto que ésta permaneciese bajo el imperio de un *régimen subversivo de todo orden social*; que la garantía más eficaz de la existencia de la sociedad civil en Francia era el restablecimiento de los Borbones en el trono, *acontecimiento que le aseguraría la posesion no contestada de su antiguo territorio*! (1). Admiramos la exagerada insolencia de semejante lenguaje. ¿Estaba aún la Francia en 1800 bajo el régimen del terror? ¿Estaba en vísperas de la batalla de Marengo, que se le podía proponer el renunciar á la Bélgica, el renunciar á la orilla izquierda del Rin, el renunciar á la Saboya, para obtener en compensacion la felicidad inapreciable de ser gobernada por Luis XVIII? Cuando se leen las violentas declamaciones á que se entregaba lord Grenville en el seno del parlamento, preguntase uno si habia un abismo entre la Inglaterra y la Francia, y si los Ingleses no sabian lo que pasaba entre sus vecinos del otro lado de la Mancha: "Cesar de combatir una nacion enemiga de todo culto, de toda moralidad, de todo gobierno, no es trabajar á la felicidad común, es cansarse de oponer una resistencia al mal. Es preciso, pues, sostener la guerra con energia contra un poder que quiere avasallar el mundo para devastarlo... La Francia conserva los mismos sentimientos, los mismos principios que han empezado la Revolucion. Esos principios fueron novadores, lo son todavia; fueron jacobinos, todavia lo son; la Francia fué infel á sus tratados, aún lo es; declaró la guerra á los reyes, trata aún de derribar á los reyes."

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, t. I, p. 53 (edicion grande en 8°).

Uno de los historiadores más moderados del imperio (1) pregunta si este es el lenguaje que debia usar con una nacion que tenia algun derecho á ser altiva. Esas invectivas se convirtieron para el primer cónsul en una excelente arma de guerra. Para él eran un pretexto, para la nacion eran mejor que eso. Tanta hiel revelaba un odio profundo. En Francia tampoco se habian apagado los odios, y el desprecio insultante que se la manifestaba desde lo alto de la tribuna de los lores no era á propósito para calmarlos. Esos ultrajes eran tanto más culpables que venian despues de una oferta de paz, oferta que el gobierno hubiera debido considerar como seria, aunque no fuese más que para permanecer en su papel de la defensiva. Poniendo la Inglaterra tanto ardor en sus sentimientos hostiles, suministraba pretextos á la ambicion de Bonaparte; de violencia en violencia, el pretexto se convirtió en una excusa y casi en una justificacion.

§ II.—El primer cónsul y la Inglaterra.

N.º 1.—La paz de Amiens.

La paz de Amiens parecia realizar los votos del 89 y abrir la era pacífica que la Francia esperaba del advenimiento del primer cónsul. En el mensaje que Bonaparte dirigió al Cuerpo legislativo, hablaba como Fenelon: "Muchos pasarán de aquí en adelante para nosotros sin victorias, sin triunfos, sin esas negociaciones brillantes que forman los destinos de los Estados; pero otros éxitos deben marcar la existencia de las naciones, y principalmente la existencia de la república. Por todas partes se despierta la industria, por todas partes el comercio y las artes tienden á unirse para borrar las desgracias de la guerra. Trabajos de todos géneros ocupan el pensamiento del gobierno. El gobierno cumplirá esta nueva tarea con éxito por todo el tiempo que se halle investido de la confianza del pueblo francés. Los años que van á pasar serán, es cierto, ménos célebres; pero la felicidad de la Francia se aumentará con las probabilidades de gloria que haya desdeñado," (2).

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. I, p. 40.

(2) Mensaje del 16 floreal, año X (*Correspondencia de Napoleon*, t. VII, p. 580).

El gobierno consular parecía esperar que los prolongados odios que habían dividido á la Inglaterra y la Francia iban á extinguirse. Se lee en la exposicion de la situacion de la república: "Sí, indudablemente, la paz se consolidará cada día más; las relaciones de ambos Estados tomarán ese carácter de benevolencia que conviene á sus intereses mutuos; una feliz tranquilidad hará olvidar las largas calamidades de una guerra desastrosa, y la Francia y la Inglaterra, al hacer su felicidad reciproca, merecerán el agradecimiento del mundo entero," (2). En el seno del Cuerpo legislativo, esas esperanzas se manifestaron con el tono de la certidumbre: "Ilustrados, en fin, por una muy larga y demasiado funesta experiencia, la Francia y la Inglaterra sabrán que ya no deben aconsejarse de la envidia mercantil, ni deben tomar las prevenciones nacionales por regla de sus relaciones, de su comercio y de su trato. Dirán, con ese ilustre par de Inglaterra, cuya muerte prematura ha sido una calamidad pública: demos otro objeto á la rivalidad nacional; hagamos florecer juntos, en el seno de la paz, la agricultura, las manufacturas y el comercio... Que este último deseo de una alma generosa, de un verdadero amigo de su país, se convierta en el deseo de ambas naciones. Que la emulacion de las buenas leyes, de la libertad, de todos los esfuerzos de la razon humana para el perfeccionamiento de la sociedad, venga, en fin, á reemplazar, en el siglo que empieza, á esa sangrienta rivalidad que durante ocho siglos, y durante cuarenta años del siglo último, ha desolado á los dos imperios por vanas pretensiones de territorio, de trono y de comercio exclusivo. Sí, á este noble concurso de todas las luces, de todas las virtudes, de todas las artes de ambas naciones están ahora unidos sus destinos y cifradas todas las esperanzas del género humano," (3).

La Inglaterra no participaba de los sentimientos de fraternidad y de cosmopolitismo que inspiraron la Revolucion del 89 y que aún persistian en tiempo del consulado. Sin embargo, la alegría que en ella esparció el haberse firmado la paz fué aún más viva que en Francia; llegó hasta el delirio: "Los coches públicos salian de Londres llevando

(1) Exposé du 1^{er} ventôse, año XI (*Correspondance de Napoleon*, t. VIII, p. 277).

(2) GALLOIS, Discurso del 30 floreal, año X (*Archivos parlamentarios*, t. III, p. 759).

estas palabras escritas en gruesos caracteres: PAZ CON LA FRANCIA. Por todas partes se los detenía, los desenganchaban y los llevaban en triunfo... En este primer momento de felicidad, el pueblo inglés olvidó tambien su larga rivalidad y gritaba: ¡Viva Bonaparte! Cuando se supo que el coronel Lauriston había llegado con el tratado ratificado el pueblo acudió al hotel de la embajada francesa; y hallando al embajador y al coronel que iban á subir al coche, desenganchó los caballos. Varios días se pasaron en escenas de este género (1). "Figurábase, dice Mr. Thiers, que todos los males de la penuria, de la carestía, iban á concluir á la vez. Soñábase con bienes desconocidos, inmensos. Apénas firmada la paz, se apercibió que no era más que una tregua. La guerra estalló de nuevo, más furiosa que nunca, para no cesar hasta la caída del héroe que se aclamaba en Londres en 1801. Es un momento solemne el del rompimiento de la paz de Amiens. Importa saber quién es el culpable.

N.º 2.—Rompimiento de la paz.

I.

Por el tratado de Amiens, la Inglaterra se obligaba á evacuar la isla de Malta en tres meses; la Francia prometía evacuar el puerto de Tarento en el mismo plazo, así como la plaza de Ancona. El primer cónsul ordenó la evacuacion inmediatamente despues de haberse firmado la paz. Pasaron cuatro meses, y Malta aún no se había evacuado. Los Ingleses se excusaron primeramente diciendo que la órden no se había reconstituido y que las tropas napolitanas que entre tanto debían ocupar la plaza no habían llegado. Esas tropas llegaron; pero en vez de abandonarles la isla, se las recibió fuera de los fuertes. El primer cónsul pidió explicaciones á Londres. Se le respondió que al rey de Inglaterra le era difícil evacuar á Malta hasta que no fuese nombrado el gran maestre. El gran maestre fué nombrado. ¿Van á evacuar la isla los Ingleses? No; el gabinete de Londres alegó que la Rusia no había aún garantizado la independencia de la órden. La Rusia dió su accesion al tratado. Ya no había ex-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XI (t. I, página 365).

cosa. Entónces los Ingleses declararon que desearian guardar Malta durante siete años (1).

La violencia del tratado era flagrante. ¿Qué razones dió la Inglaterra para justificar esa falta de fe? Hé aquí sus cargos; para no disminuir la gravedad de ellos, los expondremos, tomando por guía á un historiador poco favorable, mejor dicho, decididamente hostil á Napoleon. El gabinete de Londres se quejó de la reunion del Piamonte á la Francia. Cuando se firmó la paz de Amiens, el Piamonte estaba ocupado por las tropas francesas, y formaba ya una division militar regida por un administrador general. Esto era un primer paso hácia la anexion. El gabinete de Londres se hallaba tan convencido que se declararía, que su embajador hizo algunos esfuerzos durante las negociaciones para obtener una indemnizacion en favor del rey de Cerdeña. Estos preliminares no dieron resultado. ¿Con qué derecho, pues, se negaba Inglaterra á ejecutar un convenio por un hecho que le era extraño? Este hecho, dice el gabinete de Londres, cambiaba el estado de posesion de una de las partes contratantes; ahora bien, los tratados se han celebrado en atencion al estado de posesion en el momento en que se negocian; si este estado se cambia notablemente en provecho de una de las partes, la otra tiene el derecho de pedir una compensacion.

Schoell, ese escritor tan moderado que nos sirve de guía, niega el principio. Un tratado, dice, debe ejecutarse segun su tenor, independientemente de los hechos que le siguen, á ménos que esos hechos no sean una violacion del tratado. Ahora bien, la reunion del Piamonte estaba prevista; esta prevision no impidió que se firmase la paz; no podía, pues, invocarse como una causa de rompimiento. Aun suponiendo que la Inglaterra tuviese razon de romper, hubiera debido restituir Malta á los caballeros de la órden. "Sería inaudito, sería monstruoso, dice Schoell, que la parte que se pretende perjudicada pueda tomar á su guisa una compensacion á expensas de un tercero." Tan mal fundadas estaban las pretensiones de la Inglaterra en hecho como en derecho. En efecto, la reunion del Piamonte no aumentaba en nada el poder de la

(1) Carta del primer cónsul al emperador de Rusia, del 20 ventoso, año XI (*Correspondencia de Napoleon*, t. VIII, p. 299).—*Instrucciones dadas al general Duroc*, enviado en mision á Berlin (*Idem*, p. 308, 309).

república francesa, pues que se había ya consumado la reunion en el momento en que se firmó el tratado. Añadirémos que la Inglaterra hacia mal en reclamar en favor del rey del Piamonte, porque acababa de sacrificarlo al Austria en visperas de la batalla de Marengo.

La mediacion del primer cónsul en Suiza era otro cargo para el gabinete de Londres. Schoell responde que el tratado de Amiens ni hablaba de la Suiza ni del Piamonte. Es cierto que el tratado de Luneville estipulaba la independencia de la república helvética y la facultad para el pueblo suizo de adoptar la forma de gobierno que creyera conveniente. El emperador de Alemania hubiera podido invocar esta cláusula para oponerse á la intervencion de la Francia; no hizo nada de ello; ¿qué digo? todas las potencias aplaudieron el acto de mediacion. Schoell añade, y esta consideracion es decisiva, que la Suiza estaba ocupada por las tropas francesas cuando la negociacion de Amiens, que la república no había cesado de intervenir en las revoluciones de ese país, que la mediacion y la alianza que la siguió, léjos de aumentar la influencia de la Francia, la disminuyeron. ¿De qué, pues, tenía que quejarse la Inglaterra? (1).

II.

¿Hay que extrañarse si el primer cónsul se indignó de la mala fe del gabinete británico? Tenia el derecho en su favor, y no era hombre á ceder en lo más mínimo á una potencia rival cuando ésta evidentemente no tenía razon. Napoleon dirigió un mensaje al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunalado: hacia en él un llamamiento á la Europa, un llamamiento á la posteridad: protesta que ha puesto toda la moderacion, toda la paciencia posible para evitar todas las calamidades de una nueva guerra: "En vano, dice, ha invocado Francia la fe jurada; en vano ha querido aplazar el tomar un partido definitivo hasta el momento en que España y la república bátava, ambas partes contratantes, hubieran manifestado su voluntad; en vano, en fin, ha reclamado la mediacion de potencias que habían sido llamadas á garantizar y que han garantizado en efecto la estipulacion cuya abrogacion

(1) SCHOELL, *Histoire des traités de paix*, t. VII, p. 233-237.—THIERS, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, lib. XVI.